

Brigitte Lépinette, Julia Pinilla Martínez (eds.), *Reconstruyendo el pasado de la traducción. A propósito de obras francesas especializadas, científicas y técnicas en sus versiones españolas*, Granada, Editorial Comares, 2016, 286 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.20.2018.569-572>

Se agradece una publicación como la presente porque contribuye a reducir esa gran laguna que hasta hace unos años existía sobre la historia de la traducción especializada. En otros tiempos, no tan lejanos, hablar de la historia de la traducción era hablar exclusivamente de historia de la traducción literaria.

Se trata de una obra colectiva, cuya autoría se debe a un grupo de investigadores mayoritariamente de la Universidad de Valencia y colaboradores del grupo TRADCyT-IULMA de la citada universidad. Al tratarse de un grupo estable da, sin duda, solidez al trabajo. Además este volumen es continuidad de otro anterior publicado un año antes, con dieciséis interesantes trabajos.

También hay que valorar la participación de una licenciada en química, perteneciente al Departamento de Historia de la Ciencia y la Documentación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia. Nos parece imprescindible la incorporación de especialistas de los distintos campos del saber en los proyectos relativos a la traducción especializada.

Bajo el paraguas temático de «la traducción especializada, científica y técnica» se incluyen en el libro editado por Brigitte Lépinette y Julia Pinilla Martínez once trabajos con enfoques diferentes. Más de la mitad se centran en el estudio de traducciones de temas especializados: historiografía (capítulo primero), diccionarios y enciclopedias (capítulo tercero), el tema puntual del daguerrotipo (capítulo quinto), medicina y enciclopedismo (capítulo séptimo), medicina (capítulo octavo), electricidad (capítulo décimo) y traducción y enseñanza (capítulo undécimo). El capítulo cuarto se ocupa de los traductores de obras de medicina. Otros trabajos parten de un corpus que inicialmente no es de traducción, pero enfocados desde esta disciplina, así el dedicado al diccionario de bibliografía agronómica (capítulo segundo) o el que se ocupa de un corpus epistolar (capítulo sexto).

También se estudia la lengua de la minería (capítulo nueve), que, aunque se haga a partir de un corpus de traducciones, se aleja temáticamente del resto de trabajos. De todas formas, es bien sabido que la historia de la

traducción especializada corre pareja al surgimiento y desarrollo de las diferentes lenguas de especialidad. Aquí nos encontramos ante una interesante, por cierto, aportación para el estudio de dichas lenguas desde una perspectiva diacrónica. Este trabajo se detiene en la creación de la terminología técnica, asunto que es también considerado en el capítulo de Natalia Campos Martín cuando habla del «léxico inédito» del daguerrotipo y también en el de José A. Moreno Villanueva en el último punto de su trabajo que según él, y con razón, «merece un estudio más profundo» (261). Podemos decir que a finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX se asiste al nacimiento de la lexicografía moderna. El español por entonces pobre en terminología especializada se va enriqueciendo notablemente y se va convirtiendo en una lengua también del conocimiento, función que había desempeñado antes el latín. El mismo fenómeno se da en el resto de lenguas vernáculas, en el francés en particular mucho antes que en el resto.

Resulta un tanto ambigua la denominación «traducción especializada, científica y técnica», pues la traducción científica y la técnica se entiende que es especializada. De manera que hubiera bastando con la denominación «traducción especializada», quedando incluidos en ellas los diferentes saberes tratados en los capítulos: historiografía, economía, agronomía, daguerrotipia, medicina, cirugía, minería, enseñanza, química y electricidad. Luego cualquiera de estos temas puede generar textos científicos y/o técnicos.

El subtítulo del libro delimita el trabajo a «obras francesas especializadas», pero no todas las estudiadas lo son, así el trabajo de Miguel Ángel Puche Lorenzo parte de traducciones que se hicieron a partir de la lengua inglesa.

No se especifica en la introducción el período de la historia de la traducción en el que se centra el libro, cuyo título en este sentido es poco claro al incluir un ambiguo «reconstruyendo el pasado». Tenemos que revisar cada uno de los capítulos para concretar este dato y vemos cómo la mayoría se centran en la primera mitad del siglo XIX, aunque uno de ellos (capítulo séptimo) se centra en la Baja Edad Media y muy próximo a él el firmado por Clara Grande López (capítulo octavo), ambos quedan pues cronológicamente muy alejados del resto.

Aunque en algunos capítulos, como por ejemplo en el de Natalia Campos Martín y algún otro, se incluyen análisis lingüísticos contrastivos, en la mayoría la investigación se queda en un estado inicial, en el repertorio de obras, que es necesario efectivamente, pero que el lector de libro puede ver como insuficiente. Quedamos a la espera de futuras publicaciones en las

que se profundice y analice estos corpus para adentrarse en temas, que en algunos casos sí se traten, pero de manera tímida, como los criterios seguidos por los traductores, si son fieles al texto o al conocimiento, su perfil, si son traductores profesionales u ocasionales, la incidencia de la traducción en la llegada de tecnicismos al español, etc. Todo ello a sabiendas de que el concepto de traducción en el pasado no era el mismo que en la actualidad, pues no existía la propiedad intelectual, ni los derechos de autor y alguno de ellos quedaba silenciado y hubo hasta escritores que pasaron por original obras traducidas. Sin olvidar que al traductor lo que le importaba realmente era que se trasladaran los nuevos conocimientos, por lo que no tenía ningún reparo en actualizar el texto a la luz de los nuevos avances, suprimiendo incluso lo que había quedado obsoleto. También habría que insistir en la relevancia de la traducción como transmisora del conocimiento y en su importancia como disciplina imprescindible para la historia de la ciencia.

Por otro lado, la traducción como «ciencia auxiliar de la historia», en palabras de Georges Bastin, aspecto recordado en la introducción, no se aborda después en los trabajos publicados con la profundidad necesaria. Esperemos que en futuras publicaciones se lleve a cabo y puedan aportar más a los historiadores.

Se habla de los historiadores de la ciencia, o de los historiadores sin más, como destinatarios del libro, así como, por supuesto, de los historiadores de la traducción, sin embargo, echamos en falta que se piense también en los docentes de traducción especializada y sobre todo en los alumnos de traducción, sobre todo, a sabiendas de que el 90 % aproximadamente de los que se traduce en la actualidad es traducción especializada. La experiencia del pasado puede ayudar y mucho a la enseñanza-aprendizaje de la traducción especializada. ¿Qué textos se traducían? ¿Cómo se traducía? ¿Qué dificultades se presentaban y cómo se solventaban? El estudio y reflexión sobre estas y otras muchas cuestiones pueden ayudar mucho.

Aunque la obra termina con un índice onomástico del conjunto de los nombres propios de los traductores citados en el libro, se echa en falta un capítulo o apartado final de cierre o conclusiones que diera más unidad al libro, difícil de encontrar dada su dispersión cronológica y de enfoques, aunque tal vez radique ahí su interés y riqueza. Habría que haberlo explicado. Tampoco hubiera estado mal que en la introducción se hubiera hecho referencia a otros estudios anteriores sobre la historia de la traducción especializada de las propias editoras y a los conocidos de Francisco Lafarga,

algunas en colaboración con Luis Pegenaute, y de algunos otros que han ido surgiendo en los últimos años. Todo ello a modo de estado de la cuestión para poder valorar mejor el trabajo presentado en el libro.

MIGUEL IBÁÑEZ RODRIGUEZ
Universidad de Valladolid
miguel.ibanez@uva.es